

hoy mismo le voy á proponer á doña Casta que vengas de día, porque esta calamidad de Rubin tiene la cabeza como un cesto, y me temo que si se queda solo envenene á toda la parroquia.»

## IV

Aquella noche, después de comer, fueron todos á casa de doña Casta, donde debían reunirse para ir á paseo. Pero á poco de estar allí, entró Ballester diciendo que se había levantado un airote muy fuerte y amenazaba tormenta, por lo que unánimemente se acordó no salir; se encendió luz en la sala, y doña Casta dijo á Olimpia que tocara la pieza para que la oyeran Maximiliano y Ballester.

Olimpia era la menor de las hijas de Samaniego, y hubiera causado gran admiración en la época en que era moda ser tísico, ó al menos parecerlo. Delgada, espiritual, ojerosa, con un corte de cara fino y de expresión romántica, la niña aquella habría sido perfecta beldad cincuenta años ha, en tiempo de los tirabuzones y de los talles de sílfide. Quería doña Casta que sus niñas tuvieran un medio de ganarse la vida para el día en que por cualquier contingencia empobreciesen, y Olimpia fué llevada al Conservatorio desde edad temprana. Siete años estuvo tecleando, y después tecleaba en casa bajo la

dirección de un reputado maestro, que iba dos veces por semana. Tratábase de que ganara premio en los exámenes, y para esto la niña estuvo por espacio de tres años estudiando una dichosa pieza, que no acababa de dominar nunca. Pieza por la mañana, pieza por tarde y noche. Ballester se la sabía ya de memoria sin perder nota. No había logrado Olimpia *decir* toda, toda la pieza, desde el *adagio patético* hasta el *presto con fuoco*, sin equivocarse alguna vez, y siempre que tocaba delante de gente, se embarrullaba y hacia un pisto de notas que ni Cristo lo entendía. Por eso doña Casta la mandaba tocar cuando había personas extrañas, para que fuese perdiendo el miedo al *público*.

La determinación de no salir á paseo puso á la señorita de mal talante, porque no podía hablar con su novio, que á aquella hora estaba clavado en la esquina de la calle de los Tres Peces, esperando á que saliese la familia para incorporarse. Era un chico de mérito, que estudiaba el último año de no sé qué carrera, y escribía artículos de crítica (gratis) en diferentes periódicos. A pesar de sus notables prendas, doña Casta no le veía con buenos ojos, porque la crítica, francamente, como oficio para mantener una familia, no le parecía de lo más lucrativo. Pero Olimpia estaba muy apasionada; leía todos los artículos de su novio, que éste le llevaba recortados de los periódicos y pegados

en cuartillas, y con esta lectura se iba ilustrando considerablemente. Todo aquel fárrago de sentencias estéticas lo guardaba con las cartas y los mechones de pelo. Doña Casta no permitía aún al apreciable joven entrar en la casa.

Tocó la niña su pieza con no poca fatiga, á ratos aporreando las teclas como si las quisiera castigar por alguna falta que habían cometido, á ratos acariciándolas para que sonaran suavemente, con ayuda del pedal, arqueando el cuerpo, ya de un lado, ya de otro, y poniendo cara afligida ó de mal genio, según el pasaje. Parecía que los dedos eran bocas, y que estas bocas tenían hambre atrasada por las muchas notas que se comían. En ciertas escalas difíciles algunas notas se anticipaban á sus predecesoras y otras se quedaban rezagadas; pero cuando llegaba un efecto fácil, la pianista decía «aquí que no peco», y se indemnizaba de las pifias que cometiera antes. Durante el largo martirio de las teclas, las exclamaciones de admiración no cesaban. «¡Qué dedos los de esta chical... Me río yo de Guelbenzu... ¡Y qué talento artístico, qué expresión!», decía el gran tuno de Ballester. Y doña Casta: «Ahora viene el paso difícil, ahora... En este trozo no tiene pero... ¡Qué limpieza... qué manera de frasear!...» Doña Lupe también hacía aspavientos, y Fortunata se veía obligada á expresar su entusiasmo, aunque no entendía una palabra de tal cencerrada, y en su interior

se pasmaba de que aquello se llamase *arte sublime*, y de que las personas formales aplaudiesen música semejante á la de un taller de calderería. Cualquier tonadilla de los pianitos de ruedas que van por la calle le gustaba y la conmovía más.

Olimpia tocaba con fe y emoción, presumiendo que el espejo de los críticos la oía desde la calle. Cuando concluyó, estaba rendida, sudorosa, le dolían todos los huesos y apenas podía respirar. Ni siquiera tenía aliento para dar las gracias por las flores que todos le echaban. La tos que le entró parecía anunciar un ataque de hemoptisis. «Hija mía—le dijo su mamá viéndola ir hacia el balcón,—no te asomes, que estás sudando. Toma, ponte esta toquilla.»

Y se la ponía, y no pudiendo refrenar las ganas de salir al balcón, salió con Fortunata, y ambas estuvieron contemplando el alma en pena que se paseaba en la acera de enfrente.

Al poco rato entró Aurora, la mayor de las *Samaniegas*, que era muy distinta de su hermana, pelinegra, bien parecida sin ser una hermosura, de esas que á un color anémico unen cierta robustez fofa y lozanía de carnes incoloras. Su pecho era desproporcionadamente abultado, su cuello corto, las caderas y el talle bien torneados, y las costuras de las mangas parecían próximas á reventar por causa de la gordura creciente de los brazos. La cabeza era bonita, de

poco pelo y muy bien arreglada. Tenia más entendimiento que su hermana; vestia con esa sencillez airosa de las mujeres extranjeras que se ganan la vida en un mostrador de tienda elegante, ó llevando la contabilidad de un restaurant. Su traje era siempre de un solo color, sin combinaciones, de un corte severo y como expeditivo, traje de mujer joven que sale sola á la calle y trabaja honradamente.

Expliquemos esto. Aurora Samaniego tenia treinta años, y era viuda de un francés que vino á España representando casas extranjeras de droguería. A poco de casarse, allá por el 65, el francés se fué con su mujer á Burdeos y allí heredó de sus padres un establecimiento de ropa blanca, que mejoró á fuerza de trabajo, poniendo en él las bases de una fortuna. Pero entre Bismarck y Napoleón III lo echaron todo á perder, pues por causa de estos dos personajes sobrevino la guerra de 1870, que tantas esperanzas habia de segar en flor. Fenelón, que era hombre bonísimo y de inteligencia mercantil, tenia el defecto del *chauvinisme*. Empuñó las armas, se agregó á un cuerpo de ejército, y á los primeros disparos los prusianos le dejaron seco.

Viuda y con poco dinero, aunque también sin hijos, Aurora volvió á Madrid, donde las disposiciones y hábitos de trabajo que habia adquirido no pudieron tener empleo por no existir aquí *grandes almacenes*, y los que hay están

servidos por esos gandulones de horteras, que usurpan á las muchachas el único medio decoroso de ganarse la vida. Había aprendido la viuda de Fenelón cuanto hay que saber en lo concerniente al ramo de ropa blanca; estaba fuerte en contabilidad; tenia nociones claras del orden económico y del régimen á que debe sujetarse un negocio bien montado, y hablaba el francés á la perfección. Pero todos estos méritos habrían sido inútiles hasta el fin del mundo, si no se le ocurriera á Pepe Samaniego establecer el comercio de ropa blanca *con arreglo á los últimos adelantos del extranjero*, y llevar á él á persona tan inteligente y para el caso como su prima. El plan era vastísimo. Aurora estaría al frente del departamento de equipos de boda y canastillas de bautizo, ropa de niños y de señora. El capital para la instalación de esta importante industria habíalo facilitado D. Manuel Moreno-Isla, que tenia confianza en la honradez y tino de Pepe Samaniego. La tienda estaria en una casa nueva de la subida á Santa Cruz, frente por frente á la calle de Pontejos, y sus escaparates serían de seguro los más vistosos y elegantes de Madrid. Inauguración, el 1.º de Septiembre.

Samaniego estaba en París haciendo compras, y en la fecha á que esto se refiere ya empezaban á venir algunas cajas. En la tienda provisional, que estaba próxima á la definitiva, habia ya mucho trabajo. Aurora, al frente de una gracioso

sa pléyade de oficialas habilísimas, estaba disponiendo las piezas-modelo que se habían de presentar en los primeros días como muestras de las ricas confecciones de la casa. De sol á sol vivía entre oleadas de batista con espuma de encajes riquísimos, cortando y probandó, puntada aquí, tijeretazo allá, gobernando su ható de cosedoras con tanta inteligencia como autoridad.

Por las noches, cuando llegaba á su casa, rendida, su madre gustaba de que estuvieran presentes doña Lupe, Fortunata ó las demás amigas, para dar rienda suelta á su vanidad. En cuanto la veía entrar se le iluminaba el rostro, y ya no se hablaba más que del establecimiento nuevo y de las cosas no vistas que en él admiraría el Madrid elegante. Las cuatro mujeres no paraban el pico hasta las doce y por eso Balles-ter aquella noche, al ver que se armaba el nublado de ropa blanca, cogió por un brazo á Maxi y le dijo: «Nosotros nos vamos á ver una piececita en Variedades.» Dicho se está que Olimpia, no participando de la presunción ni del entusiasmo mercantil de su mamá, seguía posada en el antepecho del balcón del gabinete, viendo pasar la sombra melancólica del aburrido Aristarco y arrojándole desde arriba alguna palabrilla para que endulzara el plantón.

—Estarás muy cansada, siéntate—decía doña Casta á su hija, armando el corrillo.—¿Cómo va eso?

—Hoy han estado probando el gas en la nueva tienda. Será una cosa espléndida. Ya están llegando cajas de novedades: cosas hay, *por ejemplo*, tan bonitas, que en Madrid no se ha visto nada igual. Aquí no saben poner escaparates. Verán, verán el nuestro, con *todo lo que hay de más lindo*, para llamar la atención y hacer que la gente se pare y entre á comprar algo. Después que entran, se les enseña más, se les *hace ver* esta y la otra cosa de precio, se les engatusa, y al fin caen. Los tenderos de aquí apenas tienen el arte del *etalage*, y en cuanto al arte de vender, pocos lo poseen. Hay muchos que pertenecen todavía á la escuela de Estupiñá, que reñía á los que iban á comprar.

—Yo creo—dijo doña Lupe con expresión avariciosa—que Pepe Samaniego va á hacer un gran negocio. Madrid está por explotar. Todo consiste en tener pesquis. ¡Oh!, pues en el ramo de Farmacia, Dios mío, hay una verdadera mina. Yo estoy bregando con Maxi para que invente, para que salga por ahí con su poco de *panacea*. Pero nos hemos vuelto todos muy morales y muy rigoristas. Vean por qué esta nación no adelanta, y los extranjeros nos explotan llevándose todo el dinero.

Esta última frase llevó la conversación al primitivo terreno, del cual se había desviado un poco con aquello de la panacea.

—Por eso—dijo doña Casta,—un estableci-

miento montado como los mejores del extranjero, no puede menos de hacerse de oro, pues habiéndolo aquí, las señoras de la grandeza no tendrán que ir á Bayona y á Biarritz á comprar la última novedad.

Aurora vestía un traje de percal, azul claro, con cinturón de cuero, y en éste una gran hebilla. Su atavío era todo frescura, sencillez de obrera elegante. Fué un rato para adentro á tomarse la colación ó golosina que su madre le guardaba siempre, y volvió con un platito en una mano y una cucharilla en la otra. Era compota de ciruelas lo que tomaba, con un pedazo de rosca.

—¿Ustedes gustan?... Pues decía que en las cajas que están ahora en la Aduana de Irún, vienen unos trajecitos de niño, de punto, que han de hacer sensación. El modelo llegó ayer en gran velocidad, y también vino un fichú, del cual estamos haciendo imitaciones de clase inferior, con puntilla ordinaria. Verán, verán ustedes... Pues el faldón de bautizo, *por ejemplo*, que estamos arreglando con encaje *Valenciennes*, no se podrá poner menos de quinientos francos. (Aurora tenía la costumbre de contar siempre por francos.) Es verdaderamente encantador. Lo traeré aquí cuando esté acabado para que lo vean ustedes.

—Mejor será que vayamos nosotras allá—dijo doña Lupe,—y así veremos y hociquea-

remos todo antes de que se abra al público.

Fortunata decía también algo, aunque no mucho, porque lo de la tienda no despertaba en ella gran interés. Después que apuró el platillo de la compota, volvió Aurora para adentro, y trajo unas yemas en un papel. ¡Qué golosa era! Ofreció una á Fortunata, que la tomó, y doña Casta se dispuso á obsequiar á sus amigas con vasos de agua. Ponía esta señora sus cinco sentidos en los botijos para enfriar el agua, y tenía á gala el que en ninguna parte la hubiese tan fresca y rica como en su casa. Después de traer un plato con azucarillos, fué á escanciar el precioso contenido de los botijos, pues eran varios, y en ellos graduaba la temperatura, poniéndolos ó no en el balcón. Doña Lupe le ayudaba en la traída de aguas, y en tanto Aurora le pasó á Fortunata el brazo por la cintura y ambas salieron al balcón de la sala. Cada cual se comía una yema de chocolate, y después tomaron otra de coco.

Lejos del oído impertinente de doña Lupe y doña Casta, Aurora se secreteó con Fortunata: «Se han ido todos esta tarde... El primo Manolo va también con ellos.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33755

## V

Aquí cuadra bien decir que Fortunata y la viuda de Fenelón se habían hecho muy amigas. Ésta mostraba á la de Rubín una gran simpatía, y con esta simpatía la dulce confianza que de ella emanaba, y por fin, con el verdadero derroche de indulgencia que en favor de sus faltas hacía, apoderóse poco á poco de todos sus secretos. Por de contado, estas intimidades sólo tenían lugar á espaldas de doña Lupe y muy lejos de doña Casta, pues ni una ni otra habrían consentido que tales temas se trajesen á las honestas y decorosas conversaciones de aquella casa.

Enlazadas por la cintura, brazo con brazo, estuvieron un rato las dos mujeres sin decirse nada, comiéndose las yemas y mirando á la calle. De pronto se echó á reír Aurora.

—Mira el tonto de Ponce, haciéndole cucamonas á Olimpia. Yo creo que mi hermana es la única mujer que en el mundo existe capaz de querer á un crítico. Merecería en castigo casarse con él. *Solamente* que como es mi hermana, no le deseo esta catástrofe.

—Vaya, que está apurado el hombre—decía Fortunata, riendo también.—Le hace señas para que baje... Sí, ahora va á bajar. Estás tú fresco... Será que quiere darle uno de esos artículos que

escribe y en los cuales cuenta el argumento de los dramas para que nos enteremos. Vaya, hombre, no te apures, que ya le hablarás otra noche. Ahora no puede ser... ¡Qué pesados son estos novios! ¿verdad?

Pasado otro rato, y cuando los brazos soltaron las cinturas y ambas estaban limpiándose los dedos en sus respectivos pañuelos, Aurora volvió á decir: «Pues sí, todos partieron esta tarde y el primo Moreno con ellos. Creo que van á San Juan de Luz.»

Fortunata volvió la cara para el balcón del gabinete, donde estaba Olimpia. Después miró á su amiga, diciéndole en tono muy seco: «Van á San Sebastián y á Biarritz, y á principios de Septiembre irán todos á París.»

—Niñas—dijo doña Casta, tocándoles en los hombros.—¿De qué agua quieren ustedes?... ¿*Progreso* ó Lozoya?

—Lo mismo me da—replicó Fortunata.

—Toma Lozoya, y créeme—insinuó doña Lupe, con su vaso en la mano.—Por más que diga ésta, *Progreso* es un poquito salobre.

—Eso va en gustos... Y también influye el hábito—arguyó Casta con la suficiencia y formalidad de un catador de vinos.—Como yo me he criado bebiendo el agua de *Pontejos*, que es la misma que la de la Merced, que hoy llaman *Progreso*, toda otra agua me parece que sabe á fango.

No insistiré en lo mucho que se dijo sobre este tratado de las aguas de Madrid. Mientras las dos señoras mayores cotorreaban dentro, Fortunata y Aurora lo hacían en el balcón. Las once y media serían cuando sintieron la voz de Ballester. Éste y Maxi las miraban desde la acera de enfrente. «Si bajan ustedes—dijo Rubin—las espero aquí.»

—Olimpia—gritó Ballester.—Venimos de ver la obra que se estrenó anteanoche. ¡Qué mala es! ¿Tiene usted ya noticias de ella?

—¿Yo?... ¿Qué está usted diciendo?

—Como usted se trata con autoridades.

Al decir esto pasaba el crítico junto á él.

—Oiga usted, Olimpia... La obra es una ferocidad; pero ciertos amigos del autor la pondrán en las nubes. Quisiera yo verles para que me dijeran á mí por qué engañan de este modo al público.

—Déjeme usted en paz... ¡Qué tonto es usted!—replicó Olimpia, y se metió para adentro.

—¿Bajais ó no?—dijo Maxi, y su mujer le contestó que esperase en la botica, que ellas bajarían. Aurora y Fortunata se reían mirando á Ponce, que iba escapado por la calle arriba como alma que lleva el diablo.

Retiráronse las de Rubin á su domicilio, teniendo ambas señoras la satisfacción de ver á Maxi tan mejorado de los desórdenes cerebrales de aquella mañana, que no parecía el mis-

mo hombre. Síntomas favorables eran la obediencia á cuanto se le mandaba, y lo juicioso y sosegado de sus respuestas. Aquella noche durmió con tranquilidad, y nada ocurrió que saliera del canon ordinario. A la tarde siguiente convinieron marido y mujer en dar un paseo á prima noche. Fué ella á buscarle á la botica á la hora concertada, y no le encontró. «Ha ido á cortarse el pelo—le dijo Ballester, ofreciéndole una silla.—Con las murrias de estos últimos tiempos, el pobre chico no caía en la cuenta de que se iba pareciendo á los poetas melenudos... Le he mandado que se trasquilase esta misma tarde. Tenga usted presente una cosa: hay que imponérsele, combatirle el abandono, las lecturas y no consentir que se ensimisme. Antes que dejarle caer en las melancolías, vale más darle un disgusto. Yo siempre le hablo gordo, y crea usted... me ha cogido miedo. Es lo que hace falta.»

—¡Pobrecito!...—exclamó Fortunata.—¿Pero ve usted por dónde le ha dado?... Yo no he visto un desatinar semejante.

Segismundo, que en aquel momento tenía poco que hacer, dejólo todo por atender cortésmente á la señora de su amigo y serle grato en lo que de él dependiera. Era hombre que tenía que contenerse mucho para no ser galante y aun atrevido con cualquier mujer en cuya presencia estuviese. Con Fortunata se había per-

mitido alguna vez tal cual broma; aquel día se corrió más. Llevándose los dedos á su rebelde cabellera para hacer con ellos púas de peine, se la atusó, y arqueando el cuerpo, inclinóse hacia la señora para decirle con retintín:

—Muy triste está usted desde ayer... No, no me lo niegue... ¿Pues yo no veo lo que pasa? Leo en las caras.

—Pues en la mía poco habrá leído usted.

—Más de lo que se piensa... Leo pasajes tiernísimos... estrofas de despedida... ayes de soledad...

—¡Ay, qué majadero!

—¡Oh!, á mí no se me escapa nada... Convengo en que hay motivos para que usted esté tan patética... Pero hay otra cosa... A mí me gusta remontarme á los orígenes, me gusta buscar el por qué, y francamente, cuando miro ese por qué, no puedo menos de lamentar la equivocación que usted viene padeciendo desde tiempos remotos.

Fortunata le miraba sonriendo, pues no creía que debía enojarse.

—Sí, no puedo menos de deplorar—prosiguió el regente inflándose—que usted sea tan consecuente con personas que no lo merecen... Habiendo en el mundo tanto corazón leal, ir á buscar precisamente el más inconstante y...

—¿Qué disparates está usted diciendo?

—¡Oh!, no son disparates—replicó el farma-

céutico, dando algunos pasos delante de ella y procurando que dichos pasos fueran todo lo airosos posible.—Perdóneme usted mi atrevimiento. Yo las gasto así; siempre he sido Juan Claridades, y cuando una idea quiere salir de mí, le abro la puerta para que salga, porque si la dejo dentro, estallo... Pues decía... ¿Se va usted á enfadar?

—No, hombre, qué me voy á enfadar yo. Suéltela, suéltela.

—Pues decía... (Ballester tomaba una actitud que á él le parecía aristocrática), decía que á quien debiera usted querer es á mí... Ya ve usted que no me muerdo la lengua.

—¡Ay, qué gracia! Me gusta usted por lo corto de genio.

—Al pan pan y al vino vino. Queriéndome á mí, verá lo que es corazón amante, consecuente y tropical. Pero le advierto una cosa...

—¿Qué?

—Que si se decide á quererme... usted no se decidirá; pero si se decide, tenga cuidado de no decírmelo de sopetón... porque me moriré de gusto... Sería como una descarga eléctrica.

—Estése tranquilo... Sí, se lo iré diciendo poco á poco... preparándole, como cuando se dan las malas noticias...

—No tanto, no tanto...

—Vaya, que es usted malo... Aquí, entre tanta medicina, ¿no hay nada que le cure la cabeza?

—¡Pues si lo hubiera, amiga mía, si lo hubiera!... Y creen muchos que la peor cabeza de esta casa es la del pobre Maxi, cuando la mía es una pajarera. Verdád que dos palabras de quien yo me sé me harían la persona más cuerda y más feliz de la tierra...

Viendo en ésto que entraba Rubín, dió otro giro á su charla. «Aquí le estaba diciendo á su cara mitad que le voy á dar unas pildoras... ¡Dios, qué pildoras!»

—¿Para ella?

—No, hombre, para usted.

—¿Y de qué son?

—Bueno va; ya quiere saber de qué son. Carabita, cuando uno discurre algo nuevo, debe reservarse el secreto. Es un específico.

—Este Segismundo está ido—dijo Fortunata.—Vámonos.

—Yo no tomo pildoras sin saber la composición—indicó Maxi con la mayor buena fe.

—Estos hombres felices son muy impertinentes. Todo lo quieren averiguar... ¡Y ahora se va de paseíto con su tórtola! ¡Qué babosos... *seamos!* ¡Luego se queja el nene!... (tirándole de una oreja), se queja de vicio... el niño mimado de la Providencia... Abur, divertirse.

Salió á despedirles á la puerta de la botica, se puso muy tieso, y estirándose todo lo posible sobre la base de sus zapatillas, les siguió con la vista hasta que desaparecieron en lo alto de la calle.

## VI

Iban pasando los cansados días del verano, que es en Madrid la estación de las tristezas, porque el sueño y el apetito escasean, la sociedad disminuye, y los que aquí se quedan parece que comen el pan de la emigración. En la familia de Rubín nada ocurría de particular, pues Maxi no empeoraba, aunque todas las mañanas tenía su excitación correspondiente, más ó menos aparatosa; pero mientras no llegase á un grado de furor como el de la célebre mañanita del arsénico, las dos mujeres podían llevarlo con paciencia. De noche las depresiones se manifestaban levemente, y á veces no se conocían. Balvester había conseguido, combinando la persuasión con la severidad, apartarle en absoluto de toda lectura favorable á la concentración del ánimo.

Entre Fortunata y doña Lupe no era todo concordia, como se puede haber comprendido, pues la señora de Jáuregui, observadora sagaz, había comprendido que desde principios de Junio su sobrina andaba en malos pasos. Todas las personas relacionadas con la familia de Rubín sabían la historia de la mujer de Maxi, y el dramático papel que desempeñaba en ella el señorito de Santa Cruz. Algunas quizás tenían co-

nocimiento de aquella tercera salida de la aventurera al campo de su loca ilusión; pero nadie se atrevió á llevar el cuento á *la de los Pavos*. Esta, no obstante, lo sabía por obra del puro cálculo y de sus facultades olfatorias. Arrancóse una vez á *armar la gorda* «para que no crea—pensaba—que me trago sus mentiras y que estoy aquí haciendo el papamoscas». Pero Fortunata, recordando al instante las lecciones de su amigo Feijóo, trazó la raya divisoria que éste le recomendara, y vino á decir en substancia: «De aquí para allá, señora, gobierna usted; de aquí para acá están *mis cosas*, y en ellas no tiene usted que meterse.»

No se dió por vencida la orgullosa viuda del alabardero, y volvió á la carga dos ó tres veces, en esta forma: «Si el pobre Maxi estuviera bueno, él te arreglaría como cumple á todo hombre que se estima; pero no lo está, y tengo que tomar yo á mi cargo el decoro de la familia. Me he dicho mil veces: «¿daré el estallido ó no daré el estallido?» En la situación de ese pobrecito, mi estallido sería su muerte. Por eso me contengo y me trago todo el veneno. ¿Ves? mi cabeza se está llenando de canas desde que veo estas ignominias sin poderlas remediar...»

Fortunata volvió el rostro para ocultar sus lágrimas. Esta escena ocurría en el gabinete, hallándose las dos cosiendo sus trajes de verano.

—Después de lo que pasó en Noviembre del

año pasado—prosiguió la viuda con serenidad que espantaba;—después de tu enmienda verdadera ó falsa; después que se te perdonó (y por mi voto no se te habría perdonado); después que echamos tierra al horrible crimen, me parece que estabas obligada á portarte de otra manera. No vengas ahora con lagrimitas, que han de parecer pura hipocresía. Porque yo digo una cosa. Óyeme atentamente.

Doña Lupe dejó la costura y se preparó á hablar, como los oradores de profesión. «Yo me pongo en el caso de una mujer que siente una pasión antigua, con raigones muy hondos y que no se pueden arrancar. Hay casos, y verdaderamente esto es para mirarlo despacio. Pues si tú hubieras venido á mí y me hubieras dicho: «Tía, esto me pasa. Me persiguen: yo no sé si podré defenderme; soy débil; ayúdeme usted...» ¡Oh!, la cosa variaba mucho. Porque yo te habría dirigido, yo te habría dado fortaleza, consuelo... Pero no; se te antoja campar por tus respetos, y hacer y acontecer como una mozuela sin juicio... Eso es un disparate. Ahí tienes, ahí tienes el motivo de todas tus desgracias: el no contar para nada con las personas que deben guiarte. Total: que cuando acudas pidiendo socorro ya será tarde, y esas personas te dirán: «Entiéndete ahora, húndete, y cúbrete de vergüenza y date á los demonios.»

Pronunciada esta elocuente filípica, continuó

la señora un buen espacio de tiempo dando resoplidos, y Fortunata no levantaba los ojos de su costura. Discurría sobre la extrañeza de aquellos conceptos de la viuda, que parecía dispuesta á ciertos temperamentos indulgentes en caso de que se la consultara, y de que se la tuviera por dispensadora infalible de protección y por sancionadora de las acciones. «Esta mujer quiere ser el Papa—pensaba,—y con tal que la hagan Papa, se aviene á todo. Pero lo que es por mí...» A Fortunata le repugnaba la moral despótica de doña Lupe, en la cual entreveía más soberbia que rectitud, ó una rectitud adaptada jesuíticamente á la soberbia. No se conformaba esto con las ideas absolutas de la joven criminal. Ella quería para sus actos la absolución completa ó la completa condenación. Infierno ó cielo, y nada más. Tenía *su idea*, y para nada necesitaba de consejos ni de la protección de nadie. Se las componía sola mucho mejor, y cualquiera que fuese su cruz, no le hacía falta Cirineo. Sus acciones eran decisivas, rectilíneas; iba á ellas disparada como proyectil que sale del cañón.

Enterada doña Lupe, en aquellos secreteos que con su amiga Casta tenía, de que los de Santa Cruz se habían marchado á veranear, tomó pie de esta circunstancia para endilgarle á su sobrina otro discurso, aunque en tono menos catilinario que los anteriores.

Era aquella señora esencialmente gubernamental, y edificaba siempre sobre la base sólida de los hechos consumados todos sus planes y raciocinios. «Mira tú por dónde podríamos llegar á entendernos—le dijo una tarde que la volvió á coger á mano para el caso.—He sabido que la persona que te trae dislocada no está ya en Madrid. ¿Qué mejor ocasión quieres para emprender la reforma de tu estado interior, que está como una casa en ruinas? Yo estoy dispuesta á ayudarte todo lo que pueda. No debiera hacerlo; pero tengo caridad y me hago cargo de las flaquezas humanas. Otra tomaría por la calle de en medio; yo creo que en cosas tan delicadas se debe proceder con cierto ten con ten. Habrías de empezar por ponerme en antecedentes, por confiarme hasta los menores detalles, entendiéndolo bien, hasta los menores detalles; por ponerme al tanto de lo que piensas, de lo que sientes, de las tentaciones que te dan por la mañana, por la tarde y por la noche; en fin, habías de declarar todos, toditos los síntomas de esa maldita enfermedad, y darme palabra de hacer cuanto yo te mandare.» Hablaba, pues, la viuda como si tuviera en el bolsillo las recetas para todos los casos patológicos del alma.

Por cumplir, más que por gusto, Fortunata tuvo la condescendencia de decir algo, reservando, como es natural, lo más delicado. Doña Lupe se entusiasmó tanto con aquella muestra

APDO. 1627 MONTENEGRO, MEXICO

de sumisión, que hizo gala de sus facultades profesionales, y terminó así: «Te aseguro que si me obedeces, te quitaré eso de la cabeza y serás lo que no eres: un modelo de mujeres casadas. Por de pronto, me comprometo á que no vuelvas á caer, aun en el caso de que se te tendiera el lazo otra vez. ¡Vaya con el caballerito! Es cosa de dar parte á la policía. Tú déjate llevar; pon el pleito en mis manos, déjame á mí... y verás. ¿Apuestas á que me planto un día en casa de doña Bárbara y le canto clarito? Tú no sabes quién soy, tú no me conoces. ¡Y has sido tan tonta que no has querido valerte de mí!... Bien merecido tienes lo que te pasa. Pues lo que es ahora, que quieras que no, tomo cartas en el asunto... Has de concluir por adorarme como se adora á una madre.»

Y al finalizar estaba doña Lupe radiante. Casi casi se aventuró á hacer á su sobrina una maternal caricia; tales eran su gozo y satisfacción. Un pensamiento se le salía del magín á cada instante; pero lo reservaba en la hoja más escondida de su gramática parda. Ni la sombra de este pensamiento dejaba entrever á Fortunata. Guardábalo para sí y se recreaba con él á solas. «¿Le habrá dado dinero?» Siempre que se hacía esta pregunta, se contestaba afirmativamente. «Tiene que haberle dado algo; quizás grandes cantidades. ¿Pero dónde demonios las tiene? ¿Qué hace que no me las da para que se las

coloque?... Como si lo viera: es que tiene vergüenza de poner en mis manos dinero adquirido por tales medios. Esta delicadeza la honra... Y no es otra cosa; le da vergüenza de decírmelo. Pero al fin ello saldrá.»

Y una tarde que el matrimonio había ido á paseo, la gran capitalista, no pudiendo enfrenar por más tiempo su curiosidad, mandó á Papitos á un recado, por quedarse sola, y con determinación admirable hizo un registro en la cómoda y baúl de Fortunata. Valiéndose del sin fin de llaves que tenía, abrió todos los cajones y revolvió en ellos cuidadosamente, esmerándose en dejar las cosas, después de bien examinadas, en la misma disposición que antes tenían. Este proceder jesuitico lo practicaba siempre que metía sus manos escudriñadoras en donde no debían estar. Busca por allí, busca por allá, y nada. Los billetes se esconden tan fácilmente, que no hay manera de encontrarlos. Pero tenía doña Lupe tan fino olfato para descubrir dinero, que estaba segura de dar con los billetes si los había. «¿Tendrán los cosidos en la ropa?—pensó.— Puede ser. ¡Esa socarrona parece que no sabe jota, y sabe más...!» En la cómoda no había nada que á dinero se pareciese, ni tampoco cartas. Algunas joyas y chucherías vió, que le parecieron recuerdo ó prenda de amores; pero lo que es *guano*, ni el olor.

«Es muy particular—gruñía la viuda re-

gistrando el baúl, después del reconocimiento minucioso que en la cómoda hizo.—¡Y no se comprende que siendo él tan rico y ella una pobre!...» El baúl, que sólo contenía ropas viejas, no dió tampoco nada de sí. «Pues tiene que haber algo...—rezongó la señora,—tiene que haber algo. En alguna parte está el escondrijo. Dinero hay, ó no hay dinero en el mundo.»

Cansada de su inútil escrutinio, y guardando las llaves, que formaban apretado racimo, digno del arsenal de una compañía de ladrones, doña Lupe se sentó á meditar, y poniéndose una mano sobre el pecho de algodón y acariciándose, se rascó con los dedos de la otra la frente, allí donde principia el cabello, como quien estimula la generación de una idea, y dijo: «Pues si efectivamente no le ha dado nada, hay que reconocer que ese hombre es el mayor de los indecentes.»

## VII

Apretaba el calor, y las escenas que he descrito se repetían, reproduciéndose con ese amaramiento que suele tomar la vida humana en ciertos periodos, cual fatigado artista que descuida la renovación de la forma. Los paseitos por la noche para tomar el tranvía del *barrio*; las excursiones á algún teatro de verano; las

tertulias en casa de Samaniego ó de Rubín; las garatusas del crítico en la calle; la romántica figura de Olimpia colgada en el balcón como una muestra ó insignia que dijera: «aquí se ama por lo fino»; las extravagancias de Ballester; los espasmos de Maxi, todo continuaba repitiéndose de día en día con regularidad de programa.

En Agosto ocurrió algo que no estaba en los papeles, y fué del modo siguiente: Una mañana fué Torquemada á ver á doña Lupe para tratar de negocios. Con su traje de verano, tenía el buen D. Francisco aspecto semejante al de los militares que vienen de Cuba, pues á más del trajecito azul, se había encasquetado un sombrero de paja de ala ancha. Su camisa de rayas coloradas parecía la bandera de los Estados Unidos, y para recalcar más su facha americana, llevaba una joya en la corbata y una cadena de reloj interminable, que le daba muchas vueltas de una parte á otra del pecho. Los pantalones eran tan cortos, que al sentarse se le veía media pierna. Allí venía bien decir que el *difunto era más chico*. Todo ello parecía prendas heredadas, ó venidas á su poder por embargo judicial, ó cogidas á algún filibustero. Servíale el sombrero de abanico cuando estaba en visita, con la ventaja de que las personas circunstantes participaban de la ventilación que daba aquella prenda tropical tan bien manejada.

Un rato llevaban de interesante conferencia,

BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE REYES  
1906. 1825 MONTERREY, MEXICO